

JACQUELINE ACEDO

Love

surftrips

HISTORIA DE UN AMOR
IMPERFECTO



Capítulo 1

El principio del fin

Irina y Eduardo llegaban tarde. Como de costumbre yo era la única puntual. No sé por qué me empeñaba en estresarme para llegar a tiempo a sabiendas de que me tocaría esperar como una idiota.

Era viernes por la noche. Una cálida noche de junio en el Madrid más castizo. Chueca hervía con un bullicio frenético de risas heterogéneas que me llegaban entremezcladas y retumbantes en medio de una fauna urbana tan colorida como variopinta. Adoraba aquel barrio. Me recordaba al Lavapiés de mi juventud, cuando todavía tenía sueños.

El barrio gay por excelencia de Madrid se había convertido en uno de mis rincones favoritos para evadirme de la rutina.

Eduardo había tenido mucho que ver con aquello. Había sido una suerte que apareciera en mi vida, con su humor viperino y su alocada forma de ver el mundo. Sonreí al pensar que sin él nunca hubiera convertido Chueca en mi trinchera. Allí me sentía ligera, libre del corsé que me imponía mi condición de madre y esposa responsable. Era el escenario perfecto para olvidarse de los

problemas de un matrimonio que hacía aguas sin remedio, uno de esos lugares donde uno puede escapar al juicio social, donde mezclarse en la masa informe hasta desaparecer a los ojos del resto.

Solo cuando uno se vuelve transparente puede ser él mismo realmente —pensé—. Volví a sonreír, pero enseguida torcí el gesto al ojear el reloj del móvil. ¡¿Cuándo pensaban llegar aquellos dos?!

El wasap del chat de grupo había sonado hacía ya veinticinco minutos:

Llegando.

Decía Eduardo.

Voy tarde.

Había escrito Irina adornando su mensaje con su emoticono estrella, ese en que una chica rubia se pegaba en la frente como diciendo: «¡Soy un desastre!». Conociéndola, aquel dibujito auguraba un largo retraso.

Yo esperaba en la puerta del metro tirando de mi falda (¿tal vez demasiado corta?) un poco hacia abajo tratando de alargar aquella tela que a duras penas cubría lo moralmente necesario para no parecer una «fresca».

La voz de Eduardo me sobresaltó por la espalda:

—¡Vaya pibón estás hecho, cariño! —gritó divertido palmeándose el culo—. Porque te faltan algunos centímetros allí delante, porque si no esta noche no te me escapabas. —Su gesto obsceno evidenciaba claramente lo que quería decir con «allí delante».

—¡Calla, zorrón! —contesté encantada—. Tú sí que estás para echarte un polvo hasta que te falte el resuello. ¿Has visto que culazo te hacen esos pantalones? ¡Por Dios! Si es imposible no

pensar en follarte todo. —Se hizo el escandalizado y sonrió con complicidad.

—Anda, vamos a picar algo, que aquí la marquesa parece que hoy va a tardar en llegar...

Eduardo puso los ojos en blanco en un gesto característico suyo, sujetó mi brazo como si fuéramos dos colegialas y tiró de mí para que empezara a andar.

—¿Has caminado alguna vez con tacones, querido? —le pregunté muy seria pausando su avance cuando llevábamos unos diez minutos dando vueltas por el barrio con la lengua fuera.

—Alguna vez, cariño...

—Pues entonces sabrás que con este *look* de *femme fatale* que llevo hoy no se pueden hacer los mil metros lisos en las olimpiadas...

Me dolían los pies, los taconazos que me había puesto me estaban machacando y la noche acababa de empezar. Él me miró socarrón.

—Upsss. ¡Perdona, reina...! —Se había dado cuenta de que empezaba a parecer una mula coja y sonrió desacelerando un poco la marcha—. Los tacones nunca me han durado demasiado puestos, ya sabes...

—¡Serás zorrón...!

Sin darme cuenta había elevado la voz más de lo conveniente provocando que los transeúntes que pasaban por nuestro lado se giraran a mirarnos con una sonrisa.

Los dos estallamos en carcajadas. Era nuestra noche.

—¿Cuánto tiempo llevábamos sin salir?

—Por lo menos tres meses —calculó él con un puchero—, desde que te has vuelto una niña buena solo ejerces de putón verbenero en tus sueños, querida —dijo molesto.

Hacía unos meses que me había desmarcado de nuestras salidas nocturnas. Estaba cansada de discutir con Alberto, que

se quejaba constantemente de mis quedadas de amigos. Según él, hacía vida de soltera y eso estaba fuera de lugar. Todo hubiera sido más fácil si él hiciera lo mismo, pero no era el caso. Por suerte, este fin de semana estaba en un viaje de negocios y yo era libre para disfrutar de la vida un poco. Iván, mi hijo, se había quedado a dormir en casa de un amigo y no tenía que recogerlo hasta el día siguiente después de comer.

—Ya sabes que yo no me meto, pero eso de la clausura es del siglo pasado —añadió Eduardo al ver mi cara.

Sabía que bromeaba a medias y yo decidí no entrar al trapo. No tenía ganas de hablar de mis problemas con Alberto, solo quería divertirme, beber hasta perder la consciencia y pasarme el sábado a base de ibuprofeno preguntándome quién me habría mandado beber tanto.

Irina llegó cuando ya llevábamos en el cuerpo un par de rondas, siendo como ya sabréis «un par» de rondas un número indeterminado. Nos encontró eufóricos, muertos de la risa y con una botella de tequila casi a la mitad.

—¡Joder, como os cunde! —dijo señalando la botella mientras soltaba su bolso Louis Vuitton sobre el taburete alto que habíamos reservado para ella.

Nos habíamos sentado en la terraza del Palosanto a comer algo. Eduardo quería «dejarse ver» y «zorrear» un rato (palabras literales suyas).

La verdad es que conseguíamos ser el foco de muchas miradas, y no era para menos. Formábamos un extraño trío: un guaperas de paquete apretado (y abultado) con más pluma que piolín, una *snoB* súper guapa, finolis, delicada y con cintura de avispa, que hablaba como un camionero en un burdel y yo, que, según Eduardo, con aquel disfraz de veinteñera moderna levantaba con mi minifalda más que el ánimo.